

EL PRIMER PISO

Al día siguiente, cuando empezaba á obscurecer, Juan Valjean llamó á la puerta cochera de la casa del señor Gillenormand. Vasco le recibió, encontrándose allí como un exprofeso y por orden de alguno. A veces basta con decir á un criado: «Espera á fulano».

Vasco, sin aguardar á que Juan Valjean se adelantase hacia él, le dirigió la palabra:

—El señor barón me ha encargado que os preguntase, si queréis subir ó quedaros abajo.

—Quedarme abajo,—respondió Juan Valjean.

Vasco, respetuoso como siempre, abrió la puerta de la sala baja y dijo:

—Voy á avisar á la señora.

La habitación en que Juan Valjean entró era un primer piso abovedado y húmedo, que servía á veces de bodega, y que daba á la calle, con el suelo de ladrillos encarnados, y una mala ventana que permitía apenas el paso á unos míseros rayos de luz al través de los barrotes de hierro.

No era este cuarto de los que el zorro, el plumero y la escoba molestan. El polvo yacía allí tranquilo. Las arañas campeaban libremente. Una hermosa tela, desplegada con lujo, muy negra, y con adornos de

moscas muertas, giraba al rededor de uno de los vidrios de la ventana. La sala, pequeña y baja de techo, estaba amueblada con unas cuantas botellas vacías, amontonadas en un rincón. La pared, revocada de amarillo, se iba descascarando á toda prisa. Veíase en el fondo una chimenea de madera, pintada de negro y encendida, lo cual indicaba que se había contado con la respuesta de Juan Valjean:—«Abajo».

A cada lado de la chimenea había un sillón, y entre los dos sillones, á modo de alfombra, una manta de cama, vieja, mostrando más hebra que lana.

El alumbrado de la habitación consistía en la llama de la chimenea y el crepúsculo de la ventana.

Juan Valjean se sentía fatigado, pues llevaba algunos días sin comer ni dormir, y se dejó caer en uno de los sillones.

Vasco vino, puso sobre la chimenea una bujía encendida y se retiró, sin que Juan Valjean, con la cabeza inclinada hasta tocar el pecho, hubiese notado lo más mínimo.

De repente se levantó como sobresaltado.

Cosette estaba detrás de él. No la había visto entrar, pero había sentido que entraba. Se volvió y la contempló con éxtasis. Estaba adorablemente hermosa; pero lo que él miraba de aquella suerte no era la hermosura material, sino el alma.

—Padre,—exclamó Cosette,—sabía vuestras rarezas; pero jamás me hubiera figurado que llegasen á tanto. ¡Vaya una idea! Dice Mario que os habéis empeñado en que os reciba aquí.

—Sí, me he empeñado.

—Ya esperaba esa respuesta. Está bien. Os prevengo que voy á armar un escándalo. Empecemos por el principio. Padre, besadme.

Y le presentó la mejilla.

Juan Valjean permaneció inmóvil.

—No os movéis. Declaro que vuestra actitud es de una persona que se encuentra culpada. Os perdono, sin embargo. Jesucristo ha dicho: Presentad la otra mejilla. Aquí la tenéis.

Y le presentó la otra mejilla.

Juan Valjean no se movió; parecía clavado en el suelo.

—Esto se pone serio,—dijo Cosette.—¿Qué os he hecho? Me declaro ofendida, y me debéis una satisfacción. Comeréis con nosotros.

—He comido ya.

—No es verdad. Haré que el señor Gillenormand os riña. Los abuelos están encargados de reñir á los padres. Vamos, subid conmigo al salón. Pronto.

—Imposible.

Al llegar aquí, Cosette perdió algún terreno. Cesó de mandar y pasó á las preguntas.

—¡Imposible! ¿Por qué? ¡Y escogéis para verme el cuarto más feo de la casa! Aquí se está muy mal.

—Sabes...

Juan Valjean se detuvo, y luego continuó, como corrigiéndose á sí propio:

—Sabéis, señora, que soy raro, que tengo mis caprichos.

Cosette dió una palmada.

—¡Señora!... ¡Sabéis!... ¡Cuántas novedades! ¿Qué significa esto?

Juan Valjean la miró con la sonrisa dolorosa á que recurría de vez en cuando.

—Habéis querido ser señora y lo sois.

—Para vos no, padre.

—Cesad de llamarme padre.

—¿Cómo?

—Llamadme señor Juan; Juan, si gustáis.

—¡No sois ya padre, ni yo soy Cosette! ¡Que os

llame señor Juan! ¿Qué significan estos cambios? ¿Qué revolución es esta? ¿Qué ha pasado? Miradme á la cara. ¡Y no aceptáis un cuarto en esta casa! ¡El cuarto que os tenía destinado! ¿Qué mal os he hecho? ¿En qué os he ofendido? ¿Ha ocurrido algo?

—Nada.

—¿Y entonces?

—Todo sigue lo mismo.

—¿Por qué mudáis de nombre?

—También vos habéis mudado el vuestro.

Sonrióse como antes, y añadió:

—Siendo vos la señora de Pontmercy, muy bien puedo yo ser el señor Juan.

—No comprendo una jota. Esto raya en estupidez. Pediré permiso á mi marido para que seáis el señor Juan, y espero que no consentirá. Me disgustáis en extremo. Los caprichos no deben ir hasta ocasionar pesadumbre á su niña, á su Cosette. No tenéis derecho á ser malo, vos que sois tan bueno.

Juan Valjean no respondió.

Tomóle ella vivamente las dos manos, y con un movimiento irresistible, levantándolas al nivel de su rostro, las estrechó contra su cuello por debajo de la barba; profunda señal de cariño.

—¡Oh!—le dijo Cosette.—¡Sed bueno!—Y prosiguió:—Ved lo que yo llamo ser bueno; mostrándoos amable; venid á vivir con nosotros; aquí hay pájaros como en la calle Plumet; dejad ese agujero en la calle del Hombre-Armado; no queráis que adivine charadas; sed como todos, almorzad, comed en nuestra compañía, sed mi padre.

El retiró las manos.

—No necesitáis ya de padre, tenéis marido.

Cosette se incomodó:

—¡Con que no necesito de padre! No hay sentido común en lo que decís.

—Si la tía Santos estuviese aquí,—repuso Juan Valjean como el que busca testigos porque tiene que asirse hasta de un cabello,—sería la primera que convendría en que soy hombre antojadizo. Nada nuevo hay en todo esto. Siempre me ha gustado mi rincón.

—¡Pero si aquí hace frío; si apenas se ve! Es abominable antojo el de que os llame señor Juan. Me opongo resueltamente á que me digáis vos.

—Cuando venía,—respondió Juan Valjean,—vi en la calle de San Luis un bonito mueble. Es en casa de un ebanista. Si yo fuese mujer y linda no dejaría de adquirirlo. Un tocador á la moda, de palo de rosa, é incrustado con un espejo bastante grande y varios cajones. Mueble de gusto.

—¡Oh qué ruindad!—replicó Cosette.

Y con exquisito donaire, apretando los dientes y separando los labios, sopló contra Juan Valjean. Era una gracia que hacía imitando á un gato.

—Estoy furiosa,—prosiguió.—Desde ayer me hacéis todos rabiar. No comprendo una palabra. Vos no me defendéis de Mario, ni Mario me sostiene contra vos; estoy sola. Arreglo mi cuarto, poniendo en la obra mis cinco sentidos, y me dejáis desairada. Encargo á Colasa una comida de familia, y se me responde que no se acepta. ¡Y mi padre Fauchelevent quiere que le llame señor Juan, y que le reciba en una vieja y húmeda cueva, cuyas paredes tienen barbas, y donde en vez de cristales hay botellas vacías, y en vez de cortinas telarañas! Sois un hombre raro, convengo en ello; es vuestro carácter; pero ¿no ha de haber alguna tregua para los que se casan? No parecen bien esas rarezas, así de seguida. Vais, pues, á vivir muy contento en vuestra abominable calle del Hombre-Armado. ¡No he pasado yo en ella pocos malos ratos! ¿Qué resentimiento tenéis de mí? Me

causáis mucha pena, ¡vaya! y luego diréis que me queréis.

Y formalizándose de repente, clavó la vista en Juan Valjean y añadió:

—¿Os pesa de que sea dichosa?

La candidez, sin saberlo, penetra á veces en lo más hondo. Esta pregunta, sencilla para Cosette, era profunda para Juan Valjean. Cosette quería sólo arañar, y destrozaba.

Juan Valjean se puso pálido. Permaneció un momento sin responder; luego, con acento indescriptible y hablando consigo mismo, murmuró:

—Su felicidad era el objeto de mi vida. Dios, al presente, puede quitármela sin que haga falta á nadie. Cosette, eres dichosa, y mi misión ha terminado.

—¡Ah! ¡Me habéis dicho eres!—exclamó Cosette.

Y se arrojó en sus brazos.

Juan Valjean, desvanecido, la estrechó contra su pecho, pareciéndole casi que la recobraba.

—¡Gracias, padre!—le dijo Cosette.

Aquel arrebato iba á volverse doloroso para Juan Valjean. Desprendióse con dulzura de los brazos de Cosette y tomó el sombrero.

—¿A dónde váis?—preguntó Cosette.

Juan Valjean respondió:

—Me retiro, señora; os aguardan.

Y desde el umbral, añadió:

—Os he tuteado. Decid á vuestro marido que no volverá á sucederme. Perdonadme.

Juan Valjean salió, dejando á Cosette atónita con aquel adiós enigmático.



—¡Gracias, padre!—le dijo Cosette.